



El cataclismo capitalista y las posibilidades de combatirlo

Este editorial enlaza con los párrafos finales (añadidos a última hora) del correspondiente al número 25 en los que Laberinto señalaba –haciéndose eco de las palabras de algunos de los magnates del capitalismo (Lipsky del FMI, Soros, Klaus Schewab, anfitrión de Davos, etc.)– la debacle económica que se avecinaba. Desde hace dos años una serie de augurios venían avisando, en medio de la indiferencia del frenesí bursátil, de la crisis a la que el sistema se dirigía, siendo tal vez la primera de esas voces la del profesor de Universidad de Nueva York, Nouriel Roubini, a las que hay que sumar las de John Bellamy Foster desde las páginas de Monthly Review, Krátke, José Manuel Naredo, Walden Bello, Stiglitz, y otros en la revista SP, etc. ¿No resuenan fácilmente las palabras de Marx en El Capital?

El sistema de crédito, cuyo eje son los supuestos bancos nacionales y los grandes prestamistas de dinero y usureros que pululan en torno a ellos, constituye una enorme centralización y confiere a esa clase parasitaria un poder fabuloso que le permite, no sólo diezmar periódicamente a los capitalistas industriales, sino inmiscuirse del modo más peligroso en las verdadera producción, de la que esta banda no sabe absolutamente nada y con la que no tiene nada que ver. (FCE, vol. III, pág. 511)

La crisis económica actual va a ser la más espectacular de todas... hasta la próxima si la hubiera. Ya lo está siendo. Es un buen momento para la venta de ideas en periódicos, radios, televisiones, internet y cualquier medio que la burguesía pueda usar para ello. A pesar de las apariencias tienen muy poco que llevarnos a la boca. La solución a la crisis se presenta como una inversión del término principal en la relación dialéctica economía/política, librecambio/proteccionismo, libre mercado/intervencionismo, oferta monetaria/demanda efectiva, liberalismo/social-lo-que-sea, ¿derecha/izquierda? Sin embargo, lo fundamental es que la relación dialéctica se mantiene intacta.

Asistiremos a numerosas tertulias en las que advertiremos, sin demasiada dificultad, cómo cambia la actitud de los profesionales de la opinión. Si los cabizbajos y enfurruñados eran antes los intervencionistas, ahora veremos sumisos, con algún acceso de ira, a los liberales. Una imagen más clara de lo que se pretende exponer la obtendremos mirando al lugar donde se condensan las contradicciones en el marco de la lucha de clases: el Estado. Los presidentes de las principales potencias imperialistas hablan sin tapujos de algo que hace tan sólo unos meses era impensable. Sarkozy, Merkel o Soares, por citar algunos, afirman que es necesario regular el mercado financiero internacional; Bush nacionaliza temporalmente un sector de la banca americana y Rajoy encuentra como única forma de oponerse a Zapatero... ¡la exigencia de transparencia! Más allá de su sentido del humor, lo que queda claro es que nuestros políticos tienen muy pocos principios, pero flexibles. ¡Be water, my friend! Pero esto no es casualidad.

El péndulo estatismo/libre mercado responde al reflejo de la coyuntura económica en el nivel ideológico y es así desde los albores del capitalismo. Ha cambiado de denominación y ha sufrido variaciones que el devenir histórico hace inevitables, pero podemos encontrar numerosos elementos comunes entre la polémica actual keynesianismo/monetarismo y la precedente proteccionismo/librecambio. Lo que no está demostrado es que exista una correlación entre la intensidad de la interven-



ción del estado en la economía y el momento de expansión o contracción de ésta. Es decir, lo que cambia es el contenido de la intervención del estado en la economía según el momento del ciclo, pero no el hecho de la intervención, que se puede interpretar como extraeconómica tan sólo si no se atiende al subtítulo de El Capital: «Crítica de la Economía Política».

Esta contradicción secundaria, economía/política, sólo señala la relación de la economía con la política en la articulación del modo de producción capitalista y la existencia de la contradicción principal en la lucha de clases. Parafraseando a Engels en El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, el Estado es la confesión de que la sociedad se ha dividido en clases con intereses económicos en pugna y de que este antagonismo es irresoluble por los propios medios de la sociedad. Es la confesión de que la sociedad ha producido un poder, el Estado, aparentemente situado por encima de la sociedad, para mantener el conflicto dentro de los límites del orden. Por tanto, no hay que buscar la explicación de las acciones del estado para afrontar la crisis en la coherencia o la incoherencia con una u otra ideología, sino en la búsqueda del orden para restaurar la tasa de ganancia.

La teoría neoclásica estimaba, y estima hoy encarnada en los monetaristas, que los salarios y los precios son completamente flexibles y que siempre un exceso de oferta de trabajo (mercancías) puede equilibrarse con una reducción de los salarios (precios) hasta llegar a un determinado salario real que posibilita el pleno empleo. La existencia de desempleo, por tanto, es voluntaria, excepto en el caso del desempleo friccional. En un primer supuesto, el más sencillo, el desempleo es causado por la decisión del trabajador de no aceptar un empleo por el salario real que establecen la oferta y la demanda en el mercado de trabajo. En un segundo supuesto, más complejo porque introduce cierta concepción economicista de la lucha de clases, el desempleo es causado por el acuerdo de los trabajadores, en el marco de la negociación colectiva, de no trabajar por menos que un determinado salario real.

Keynes se opuso a la teoría neoclásica de la ocupación y demostró que el equilibrio entre la oferta y la demanda podía darse en situaciones sin pleno empleo, que los contratos de trabajo establecen los salarios nominales, no los reales, y que tanto los salarios reales como el nivel de empleo vienen dados por el mercado de bienes y servicios y no de forma endógena al mercado de trabajo. Ahora bien, Keynes opinaba que la demanda de bienes de inversión viene determinada por las expectativas de las empresas respecto al volumen de las ventas que tendrán.

Sabemos que la expectativa de los burgueses es ganar cada vez más dinero y que tan peligroso es para ellos adelantarse como llegar tarde a la constatación de la existencia de la crisis. Pensar que la crisis es inminente tendría como consecuencia la no inversión en nuevos bienes de equipo, pero si se adelantan a ese momento perderán futuribles beneficios a corto plazo y cuota de mercado a largo plazo, lo que puede ser decisivo por su pérdida de competitividad. Esperar a que la crisis sea un hecho conlleva tener que pagar los créditos obtenidos para la adquisición de los nuevos bienes de equipo con unos stocks que no se venden.

En el momento actual no sólo se trata de que prefieran esperar, como siempre, sino que la posibilidad de adelantarse a la crisis no es real. En España el 67% de la fuerza de trabajo depende de pequeñas y medianas empresas que no tienen ningún control sobre las previsiones de las corporaciones que integran capitales financieros, industriales y comerciales. El hecho de que más del 99% de las empresas españolas sean PYMES, que no contradice la tendencia a la concentración del capital, es vital para que las multinacionales puedan mantener precios altos. Desde la crisis de los setenta la gran burguesía ha seguido otras estrategias como la llamada «ingeniería del valor» (no se busca producir a menor coste, sino renovar la imagen y la variedad de los productos repercutiendo el coste de la investigación y de la publicidad en el consumidor); la práctica de venta a las filiales de bienes ya amortizados en la empresa matriz y productos intermedios

de transferencia interna artificialmente elevados (incidiendo negativamente en la productividad de las filiales para encarecer los productos, presionar los salarios a la baja y amenazar a los estados con la «deslocalización»); y, últimamente, el diseño de «burbujas económicas», desde las empresas «e» hasta la construcción y las hipotecas.

En definitiva, la realidad es mucho más compleja que la sucesión de políticas monetaristas y keynesianas de tal a cual fecha. La burguesía las combina a su antojo y beneficio, con el único límite de lo posible respecto al mantenimiento del orden. Han seguido políticas de ajuste de los salarios desde una perspectiva monetarista, destrozando la capacidad de la clase obrera para negociar colectivamente, y desde una perspectiva keynesiana, mediante el control de los precios en el mercado de bienes y servicios.

La crisis actual es una crisis de sobreproducción, que ha llegado a su última fase: la huida de los capitales de la producción a la especulación, cuando el dinero es la única mercancía, cuando sólo ganan los grandes especuladores. En la práctica esto significa que los grandes capitales han dejado a las pequeñas y medianas empresas productivas, comerciales e, incluso, algunas financieras, en la estacada. Esto genera contradicciones dentro del bloque en el poder. A nivel europeo estas contradicciones pueden observarse desde los intentos de aprobar la Reforma del Tratado Constitucional Europeo y la Directiva Bolkestein. Ambas eran un claro ataque a la clase obrera europea, pero también a la pequeñoburguesía y a las fracciones más débiles de la burguesía. Rechazadas éstas, el capital prueba a atacar directa y específicamente a la clase obrera, sin posibilidad de encontrar aliadas, con las Directivas de las 65 horas y de inmigración.

¿Habrán medido bien sus fuerzas la gran burguesía mundial? La respuesta no depende de ella, sino de nosotros. Y ésta hay que darla comenzando por extraer las consecuencias de la teoría laboral del valor y rechazar los espejismos burgueses de la posibilidad de creación de riqueza por otros medios. A pesar de que esta crisis se nos presenta como una crisis financiera, lo cierto es que esta es una crisis de sobreproducción que se mantiene latente desde hace tres décadas y de la que son responsables todas las fracciones del capital. Si no ha estallado antes ha sido por el margen de maniobra que ha permitido el saqueo de los estados, la explotación de los mercados de Europa del Este después de la demolición del muro de Berlín, las diversas guerras, la innovación tecnológica, el mantenimiento artificial de los precios y las sucesivas burbujas en sectores específicos de la economía.

Las declaraciones de nuestros políticos, en general pequeño-burgueses de facto/gran-burgueses de corazón, no dejan lugar a dudas: la crisis se debe a la avaricia de ciertos capitalistas financieros –por supuesto no de los españoles, que han dado un ejemplo de responsabilidad al mundo entero–, y la solución es regular los mercados financieros internacionales. ¿Expectativas? ¿Confianza? ¿Avaricia? ¿Qué clase de espiritismo es éste? ¿Caeremos en la trampa de una regulación que no sabemos si llegará y cómo? ¿Caeremos en la trampa de la expiación de nuestros explotadores directos, los capitalistas industriales y comerciales?

Por lo que a España se refiere la gran irresponsabilidad de los gobiernos (incluido Zapatero) no radica sólo en haber negado la burbuja inmobiliaria sino en haberla alimentado hasta el final (con potentes desgravaciones fiscales y ocultaciones consentidas de plusvalías) fortaleciendo así, en feliz expresión de Naredo, un «lamentable monocultivo inmobiliario». El error político del PSOE ha consistido en no plantear con claridad el horizonte de la crisis al que llevaba el auge inmobiliario iniciando su controlada reconversión hace casi cinco años, lo que le hubiera permitido poder culpar a quienes le precedieron de la comprometida situación a la que se veía abocada la economía española.

La crisis representa un monumental fracaso de la globalización imperialista, de ese mundo globalizado, que se decía regido por «la mano invisible» del libre mercado y no por la voracidad destructora de la ganancia capitalista. Durante décadas hemos asistido a una «ofensiva neoliberal», en paralelo a la construcción europea y la confrontación de la Europa del capital y la Europa Social, con todo su



repertorio de políticas de ajuste estructurales, de privatizaciones y desregulaciones, de ataques a los sistemas públicos, de reformas sucesivas de los mercados de trabajo, de ataques y retrocesos consumados de los derechos sociales, conquistados por las generaciones precedentes en dura pugna entre las fuerzas del capital y del trabajo. Bajo esas coordenadas en las que la superioridad de fuerzas se ponía del lado no sólo del capitalismo más desalmado sino del respaldo político-militar de las potencias imperialistas a las guerras y las hambrunas en buena parte del planeta, y las no menos colosales desigualdades entre países ricos y países pobres, en general, sin merma de las desigualdades sociales en cada país, en particular.

Desde un punto de vista anticapitalista, la crisis en curso, tanto por su carácter global como por el hecho de que todo apunta a que no ha hecho más que empezar, se alza a la vista como una formidable crítica del desorden capitalista. Los gobiernos europeos, en su gran mayoría neoliberales que corren despavoridos al rescate de los bancos y prometen «refundar el capitalismo» a través de cumbres y conciliábulos, confían por otro lado en que las masas trabajadoras permanezcan anestesiadas, sin capacidad de respuesta ni de propuesta que desborde los presupuestos del sistema imperante. No es baladí reflexionar, por tanto, sobre la coincidencia presente entre el colapso capitalista y el colapso de la izquierda de signo anticapitalista, carente de conexión y respaldo de masas y que no representa sino un cero a la izquierda. Sin duda, una nota pesimista sobre la que ha puesto el acento James Petras en sus recientes análisis con la finalidad expresa de establecer con claridad algunos puntos de partida estratégicos en la lucha por la alternativa socialista.

6

Así las cosas, hasta ahora –y todo se andará en las políticas anticrisis dimanantes del bloque en el poder– el catastrofismo está más impartido desde arriba que desde abajo. Con o sin fines paralizantes, en la línea del capitalismo de la catástrofe, las clases subalternas aparecen sumidas en la resignación, la impotencia y la inconsciencia. En esos parajes se vulgariza la idea de las crisis económicas recurrentes, como recurrente ha sido el salir de ellas de cualquier manera, lo que sería asimilable a las propias rutinas del sistema. Lejos de considerar que ahí está el quid de la cuestión, la idea de salir como sea conlleva desplazar la solución al gobierno de turno, como si éste no fuese parte del problema. Y como telón de fondo, la creencia o la vasta opinión de que el capitalismo no es tan malo o es lo menos malo, y de lo que infieren en letra grande o pequeña que sea mejor apuntalarlo que derribarlo. Frente a esas ideas –a las que tanto contribuye la ingesta superlativa del pan y circo como el «a vivir que son tres días», puesto que los individuos atomizados por el mercado se consideran a sí mismos poco más que mercancías desechables–, la crisis, que promete ser de larga duración, tenderá a desbancarlas. Y quien sabe si no aparecerán otros paradigmas de movimiento obrero y de organizaciones de masas de mayor aliento, o en las que cunda el ejemplo de convertir la crisis económica en crisis revolucionaria, que es justamente lo que las clases dominantes en todo tiempo y lugar se han empeñado en impedir y sofocar a sangre y fuego.

Si duda, no se necesitaba el cataclismo para apostar por la necesidad del renacimiento de la izquierda anticapitalista, pero la crisis será un revulsivo para emerger de las cenizas. Y hacerlo con una voluntad práctica de reagrupamiento y de coalición con las organizaciones de trabajadores que posibilite aunar la resistencia a los golpes de la crisis con la actualización de la lucha por un régimen socialista, que no otra es la alternativa al fracaso capitalista. Entonces sería como decir que la crisis en curso encontró al fin solución y salida.